

Bibliografía

- Aguilera, Octavio. *La literatura en el periodismo y otros estudios en torno a la libertad y el mensaje informativo*. Madrid: Paraninfo, 1992.
- Álvarez, Pilar. "Una conversación con Elena Poniatowska." *Lucero. A Journal of Iberian and Latin American Studies* 9 (1998): 5-16.
- El País. *Libro de estilo de El País*. Madrid: Ediciones El País, 1990.
- Hyppolyte Ortega, Nelson. *Para desnudarte mejor. Realidad y ficción en la entrevista*. Madrid: Ediciones El País, 1990.
- Poniatowska, Elena. *Hasta no verte Jesús mio*. México: Era, 1969.
- . "Hasta no verte Jesús mio: Jesusa Palancares." *Vuelta* 24 (1978): 5-11.
- Santamaria, Luisa. *El comentario periodístico. Los géneros persuasivos*. Madrid: Paraninfo, 1990.

ESTÉTICA DE LA POST-MEMORIA

Cristián Gómez Olivares
Universidad de Chile

“Todo lo que se refiere a la guerra puede leerse en las Memorias
de Kuropatkin
O en los diarios japoneses que están tan cruelmente ilustrados
Para qué documentarme
Me abandono
A los sobresaltos de mi memoria...”

Blaise Cendrars,
Prosa del Transiberiano y la pequeña Jeanne de France

1. Se recomienda siempre partir por el principio. Para nuestros efectos, nos vamos a quedar con la frase saussuriana—del Curso de Lingüística General—según la cual el punto de vista crea el objeto, por lo cual me voy de lleno a definir los márgenes de mi marco teórico. A confesión de partes, relevo de culpas: desde el título de esta ponencia, se hace evidente mi apoyo en el texto de Marianne Hirsch, “Past Lives: Post-Memories in Exile” (manuscrito), sin perjuicio de lo cual recurriré permanentemente al saqueo y al préstamo de ideas de otros autores de la más diversa índole.

Hay, empero, un primer problema metodológico difícil de soslayar, como es el que Hirsch delimita el concepto de post-memoria a una construcción *desde* el exilio. El problema se suscita en tanto el ‘objeto de estudio,’ distinción caprichosa que en adelante espero poner en duda, lo conforman fundamentalmente poetas chilenos magallánicos—nacidos en la zona o que hayan desarrollado su mundo como poetas y su escritura misma en esa zona—, que no sufrieron durante el régimen militar el exilio tal y como lo sufrieron miles de nuestros compatriotas, i.e., habiendo sido expulsados del país con la subsiguiente prohibición de ingresar, o como ocurrió en otros casos, después de salir voluntariamente de Chile, voluntariamente es una forma de decir, ya que muchos de ellos salieron luego de haber sido sometidos a distintos tipos de vejaciones o bajo una apremiante situación económica y social, siendo notificados *a posteriori* de que no podían regresar a su país.

No obstante lo anterior, y para ponerle un poco de orden a estos apuntes, quisiera remarcar lo siguiente: cuando Marianne Hirsch habla de post-memoria como “una poderosa forma de memoria precisamente porque su conexión con el objeto o fuente está mediada (o mediatizada) no por la recolección sino por una

inversión y una creación imaginativas," queda en evidencia que este concepto no se limita a la vivencia misma del exilio en carne propia, tal y como lo sugiere la cita de Henri Raczymow que inaugura el texto: "Yo no emigré ni tampoco fui deportado. El mundo que fue destruido no era mío. Nunca lo conocí." En esta frase quedan expresamente señalados ciertos puntos relevantes. Lo primero es que para construir una memoria secundaria no es necesario haber pasado por el exilio, o si se quiere, no es necesario haber pasado por el exilio físico o espacial. También estuvieron (estuvimos) exiliados de Chile los que se quedaron (los que nos quedamos) en el país, dentro del país—los otros, podría decirse así, se quedaron afuera del país. Pero igual se quedaron. Unos y otros, en suma, son o fueron o somos o fuimos exiliados. El exilio interior fue el de la censura, pero también el de la autocensura. El de cuidar las opiniones ante los desconocidos y también, lamentable y tristemente, ante los conocidos. El del cura Hasbún en las noticias y la Argandoña en Viña,¹ etc. Algo, más allá de este recuento, se puede concluir; no es necesario abandonar los lugares de identidad² para que estos ya no sean los

1 Hago aquí referencia a dos conocidos personajes del mundo televisivo chileno, que de una u otra manera se identificaron con el gobierno pinochetista. Raúl Hasbún, sacerdote católico, es ampliamente conocido por sus posiciones reaccionarias y por la justificación de todos los actos del gobierno de Augusto Pinochet, apoyado en una exquisita retórica que lo ha convertido en el portavoz de los sectores más conservadores de Chile. Raquel Argandoña, por su parte, es una conocida animadora televisiva, ex-modelo y actualmente es una conspicua integrante de uno de los partidos políticos del ala derecha del espectro político chileno. Ambos, desde distintas esferas, actuaron como instrumentos de validación del sistema político imperante en la época.

2 Por lugares de identidad, Hirsch quiere identificar aquellos espacios significativamente cargados de sentido para la construcción de las identidades personales. Y, en el marco específico de la memoria secundaria, son aquellos lugares que no tienen tanto que ver con un espacio físico real, sino con un espacio imaginario, y—por sobre todo—añorado. La misma Hirsch no nació en la Czernowitz de sus padres, sino en otra ciudad. Sin embargo, para ella y para sus padres, "casa," "hogar," serán términos de una ecuación relacionados siempre con esa Czernowitz que la autora confiesa no haber visto sino a través de los recuerdos paternos del tiempo previo a la guerra. Incluso aquellos que tuvieron que abandonar un lugar y posteriormente volvieron a él, no vuelven al mismo lugar, puesto que ellos vuelven no al espacio físico donde vivieron hasta antes de ser condenados al exilio, sino que vuelven a una ciudad que ya no reconocen y que tienden más bien a relacionar con ese espacio donde, en el caso de los judíos, ocurrió el genocidio y, para acercarnos más a nuestra historia, los exiliados chilenos volvieron a un país sometido a años de neoliberalismo, donde se acabó con la memoria urbana y en el cual, también, gran parte de ellos fueron víctimas de distintos tipos de vejaciones antes de partir como deportados. Las calles, las casas, los barrios y sitios significativos, estaban, en consecuencia, cargados de nuevos significados: no sólo eran los espacios llenos de memoria; también eran los lugares

mismos, para que, con el paso de los años, seamos incapaces de reconocerlos (tal como ocurre en la cita de Raczymow).

A partir de aquí, entonces quisiera postular con propiedad la ejemplificación de una estética de la post-memoria en ciertos sectores de la poesía magallánica chilena. La mirada va a privilegiar a un autor en especial, Pavel Oyarzún, y su libro *Patagonia: la memoria y el viento*,³ aunque a mi juicio este poeta que ha hecho de la épica de la derrota uno de los rasgos característicos de su poesía, comparte mucho de lo que lo hace tan particular, con otros autores colindantes con él como Rolando Cárdenas, Aristóteles España, Astrid Fugellie, Juan Pablo Riveros, entre los mayores, y otros coetáneos a él como es el caso del poeta Christian Formoso. Mi intención no es sólo rastrear los rasgos que aseveran la construcción de una post-memoria magallánica, sino también detenerme en otros aspectos que dicen relación con la implementación de un sistema estructurado y meditado en torno a la modificación de las funciones que pueda cumplir el lenguaje en la organización de esa identidad con que se vincula la post-memoria. Así, creo que no son gratuitos ni tampoco pueden ser considerados como meras prácticas textuales los relatos del exterminio oná a principios del siglo XX, por una parte, y de la imposición carcelaria poco después de instaurada la dictadura militar en el Chile de 1973, por otra, como ocurre con la poesía de España, Formoso, Fugellie y Riveros. Para este propósito, mi deuda es con Todorov y su libro *Hasta el límite*, donde los temas de la despersonalización de los internos y los guardias de los campos de concentración (y la capacidad de articular verbalmente esa experiencia, esto es, de dar testimonio de ella) muestran profundas similitudes con otros textos dedicados al estudio del tema de los Lager, en especial con *Lo que queda de Auschwitz*, de Giorgio Agamben: tanto en uno como otro texto, se puede seguir el devenir del sujeto a través del infierno de la pérdida del mismo (Tomás Moulián⁴ también ha

del trauma. El caso del Estadio Nacional, por su ubicación más o menos centralizada y por su permanente uso público, es uno de los cuales más conclusiones se pueden extraer.

3 Pavel Oyarzún nace en 1963 en Punta Arenas. Entre sus otros libros se cuentan *La cacería* (1989), *La jauría desquiciada* (1993), *La luna no tiene luz propia* (1994) y, en conjunto con Juan Magal, la *Antología Insurgente: la Nueva Poesía Magallánica* (1998). Actualmente se desempeña como encargado de la Biblioteca del Patrimonio Austral.

4 En uno de los capítulos de su libro *Chile Actual. Anatomía de un mito*, específicamente uno de los dedicados a la imposición terrorista de la revolución capitalista en Chile, Moulián registra detalladamente las sesiones de tortura que tanto Hernán Valdés como Luz Arce relatan en sus libros *Tejas Verdes* y *El Infierno*, respectivamente. Tales historias mueven al sociólogo a concluir que gran parte de las sesiones de tortura, si no todas, no tenían como fin específico la obtención de una información que muchas veces ya obraba en poder de los torturadores. No obstante ello, la tortura continuaba, delatando al mismo tiempo su fin ulterior, inserto en una red estratégica de alcances más profundos y diestra y

reparado en ello para el caso chileno) y la imperiosa necesidad de una respuesta política adecuada ante estos fenómenos en apariencia demasiado trágicos como para poder reaccionar ante ellos, tal como se desprende de ciertas actitudes—erróneas, a mi juicio—de ciertos sobrevivientes.

El asunto no es menor si consideramos que en nuestro mismo país, el tema ha adquirido ribetes de slogan político y postura estética. Por una parte, la oficialidad representada tanto en los sectores que apoyaron el pinochetismo así como por cierta parte de la Coalición gobernante desde 1990, propugnan la necesidad de cerrar el capítulo de la memoria con la frase hecha de que es necesario restañar las heridas del pasado, eufemismo que equivale como es sabido a no ejercer la justicia ni el derecho, salvo en casos muy excepcionales y denominados, dentro de esta jerga, como emblemáticos. De otro lado, algunos sectores intelectuales—y ya Agamben nos prevenía de esta tendencia⁵—se dejan caer fácilmente en describir el atropello sistemático de los derechos humanos como un Infierno indecible. Raúl Zurita, en una entrevista publicada en marzo del año dos mil, señala específicamente: “Yo creo que el Infierno es inescrutable; en él se pierde la

sinistramente planificados: como si se tratara de un elaborado arte, el objetivo de la tortura no se trataba de recolectar más información. En algunos casos nunca lo es. Se realizaba para quebrar, para infligir un daño al Yo, al espíritu, para dejar un recuerdo amargo. A los que no estaban destinados a desaparecer, se les tortura para alejarlos de la ‘vita activa.’ Para doblarlos, doblegarlos, de manera que nunca más se sientan en condiciones de rebelarse frente al poder (Moulián 188-92)

5 La denominación misma de “Holocausto” para referirse al genocidio judío a manos de los nazis, le parece a este filósofo italiano, inadecuado. Y las razones no son menores. Parte haciéndose la siguiente pregunta: “¿Por qué indecible? ¿Por qué conferir al exterminio el prestigio de la mística?” (Agamben 31 y ss.) La pregunta se la hace al responder a la carta de un sobreviviente de Auschwitz, que calificaba la experiencia del Lager como única e indecible. Esto nos lleva de inmediato al debate sobre la comprensibilidad de estos sucesos. La respuesta que se da Agamben es de carácter teológico y etimológico. Nos recuerda que el tema de la incomprensibilidad de Dios fue motivo de debate al interior de la Iglesia católica y que uno de los que sostenían la incomprensibilidad divina, Juan Crisóstomo, contaba entre sus argumentos con la adoración silenciosa de los ángeles de lo que no entendían y apartaban la vista de ello: adorar en silencio, traducción del griego *eipheimen*, del cual deriva nuestro español eufemismo, que indica la sustitución de un término por otro en razón de que, por pudor o por buenos modales, otros términos no se pueden pronunciar. Luego, decir que Auschwitz en el caso de Agamben (y Dawson y Tejas Verdes y las casas de Londres 38 y José Domingo Cañas, según nosotros) es indecible, resultaría equivalente a decir que es incomprensible, a tener que valernos de eufemismos para referirnos al Lager. O lo que es lo mismo, adorarlo en silencio, observar el silencio religioso que fue el primer significado de la palabra eufemismo. Como se hace con un dios. Y eso, lisa y llanamente, no es más que una forma sutil de complicidad.

palabra, no alcanza. Y el Infierno es todo lo no dicho en el libro *Purgatorio*; lo que subyace, por ejemplo, en la primera parte entre los poemas I, III, XIII, XX" (Madrazo 249).

La tentación del silencio es, aquí, evidente. Y a título personal, parece sumamente peligrosa. Es, creo, terminar haciéndole caso a los que pasaron por encima de miles de sus conciudadanos. En el caso de Zurita, en que su poesía inicial—parte de *Purgatorio* (1979) fue escrito antes del golpe—de una u otra manera refiere a la vida o al sentido de la vida bajo el régimen militar, esta tendencia termina siendo especialmente complaciente con el discurso de conciliación oficial, sobre todo si no perdemos de vista la trayectoria posterior del poeta, desde *Canto a su amor desaparecido* (1985) en adelante.

De hecho, las anteriores reflexiones dicen relación con la validez misma de una estética de la post-memoria. De imponerse el silencio, esa especie de adoración divina en términos de Agamben, carcería de lógica pretender la exploración artística de un arte que vaya en contra del olvido. Posturas como la de Jürgen Habermas y su negativa ante cualquier revisionismo histórico del Holocausto, prurito en el que se confunden comprensión con justificación, no hace más que mantener estos hechos en el ámbito oscuro de los desbordes psicopatológicos de unos cuantos subordinados, de una autosatisfacción personal con la crueldad. Pero comprender no es valorar al otro—o es valorarlo única y exclusivamente en su justa medida—ni mucho menos significa que contextualizar históricamente los sucesos (o entenderlos desde su contexto) pueda entregarles un carácter "natural" o necesario. Por el contrario: comprender y contextualizar el exterminio permite conocer las ideologías que lo justificaron y el ascenso de aquéllas, inhabilitando cualquier perspectiva teleológica que busque una obligatoriedad histórica de la historia.

Urge recalcar la necesidad de este revisionismo: los mismos nazis, los soviéticos en sus Gulags o la información periodística controlada en Chile después del Golpe,⁶ hicieron de la desinformación una estrategia calculada y central de su poder. "Guardando silencio," dice Bettelheim, "actuábamos exactamente como querían los nazis: como si nada pasara" (citado por Todorov 262).

Aun más: el revisionismo histórico no puede limitarse a una relación de los hechos en su detalle, paso que a fin de cuentas es sólo una cuestión de tiempo, sino que debe colocar esos hechos en relación con otros, aparentemente menores o insignificantes, que abrieron el camino para el desenlace fatídico y final.

6 Esa que hablaba de la "rehabilitación" de los jefes upelientos gracias a los trabajos físicos y el buen trato que recibían, por ejemplo, en el campo de concentración de la isla Dawson. La muerte de José Tohá sería un corolario patético y vergonzoso de esos buenos tratos.

La pesadilla de Primo Levi, en la cual se veía hablando solo mientras el auditorio al que le cuenta su experiencia concentracionaria paulatinamente se va marchando con pasmoso desinterés, no es una casualidad ni una excepción. No es difícil suponer que los responsables de los campos de concentración nazis o soviéticos y los que se vieron envueltos en ellos (guardias, administrativos, etc.) no quieran que se sepa la verdad en torno del horror. Para ellos, las consecuencias judiciales en algunos casos y las condenas morales para su totalidad, son razón suficiente como para tratar de empujar el carro del olvido. Sin embargo, la mayor resistencia no proviene de ellos, sino de esa resistencia indirecta que es la indiferencia de aquellos que, sin haberse visto afectados por las estructuras represivas, ni tampoco tener una relación directa con quienes sí se vieron afectados, no dejan que su mundo se perturbe por la presencia incómoda de esos sobrevivientes que quieren a toda hora y en todo momento vocear su verdad. Son esa enorme masa que se siente satisfecha con un memorial de piedra o con un informe vasto, ilegible y bien encuadernado. Aquí es donde la industria oficial de la memoria es parte de la maquinaria tácita del olvido. En esto se podría aplicar quizás, la diferencia que hacía Foucault entre monumento y documento. Todos estos memoriales, museos y mausoleos, puestos como un símbolo granítico del recuerdo, pero distantes de un *telos* que los ponga en contacto con los hechos que suscitaron los hechos, pierden cualquier sentido y pasan al panteón estéril del monumento nacional y las reliquias patrias. Pero si, en cambio, se logra percibir esa sutil trama que actúa como una red implícita que te atrapa pero no te asfixia, llena de pequeños sucesos que en su sumatoria dan como resultado una catástrofe que podría haber sido prevista y evitada, entonces los hechos de la memoria permanecerán utilitariamente como documentos que podrán ser olvidados cuando, en conjunto, los distintos estamentos del cuerpo social, de existir éste, decidan que pueden ser sanamente olvidados.

2. Pavel Oyarzún ha hecho sus armas en la escritura en el medio ambiente cultural y geográfico de Magallanes. En la provincia de nuestra provincia. Alejado de cualquier centro. Primera condicionante, entonces, la del que mira desde lejos los acontecimientos metropolitanos, que—como veremos—es un dato de relevancia en la poesía magallánica. Pero es demasiado aventurado llegar y despachar así como así la poesía escrita en provincias, sólo a través del argumento de su insularidad. Para completar el cuadro hay que revisar las dinámicas autónomas de este corpus que hemos venido llamando poesía magallánica sin siquiera especificarlo.

El mismo Oyarzún nos da algunas luces cuando realiza su *Antología Insurgente*: para ellos—la antología la firma junto al poeta Juan Magal—poesía magallánica es la de los poeta nacidos y crecidos en el extremo austral, la

duodécima región de nuestro país. Aunque la limitación del concepto a un marco geográfico puede resultar un tanto complicada, ellos mismos hacen una excepción, como es la de Aristóteles España, poeta nacido en Castro (1955), pero radicado durante largo tiempo en Magallanes (y cuyos vínculos literarios con la ciudad no se han terminado).

Pareciera mejor, a riesgo de pecar de sectario, que el término de poesía magallánica podría acotarse o ceñirse a una variable literaria y no geográfica, una distinción que tuviera que ver con los rasgos estéticos propios (de existir) que puedan otorgarle una peculiaridad más o menos inconfundible a la poesía escrita en esas tierras. Sólo se puede avizorar esta tentativa consciente de que está destinada al fracaso: delinear un concepto como el de 'poesía magallánica' sirve única y exclusivamente para trabajar sobre hechos consumados y no para trazar requisitos previos a una futura escritura. Se trata, para ser más exacto, de levantar un espejo que nos entregue el rostro ¿verdadero? de lo que ha sido (parte de) la poesía magallánica y no un programa para la poesía magallánica del mañana.

Con esto en mente, habría que agregar una segunda condicionante para una revisión de la poética de Pavel Oyarzún: con su *Patagonia: la memoria y el viento*, Oyarzún reúne y también establece los rasgos de esa estética de la post-memoria que definiría a la poesía magallánica en su particularidad. Vamos por partes: *Patagonia* es un volumen donde se recopilan algunos poemas de su primer libro, *La cacería*, más el resto del texto conformado por poemas inéditos. Si pudiéramos recorrer de manera más o menos exhaustiva el corpus literario magallánico, veríamos que en una parte considerable de él hay, repartidos entre autores generacionalmente dispersos, libros que pueden ser considerados como participes de una formulación literaria de las memorias de segunda (o en ocasiones, tercera) generación. Así en *De la tierra sin fuegos*, de Juan Pablo Riveros, así en *Memorial del padre miedo* de Formoso y parte de *Los círculos* de Astrid Fugellie. El intento por exorcizar el vacío del exterminio indígena y contribuir a una historia paralela de la oficial anima la escritura de estos libros. El modelo poundiano de los *Cantos* es el punto de partida de Riveros, quien certifica el temple "documental" de su libro no sólo por la tendencia intertextual que recorre su volumen—muchos de estos poemas se articulan sobre la base de textos anteriores—, sino también con el anejo de fotografías que corroboran la existencia 'real' de sus predicados. Fotografías de rostros onas, yámanas, selknams y alacalufes, vestidos y pintados para sus diferentes rituales, Martín Gusinde en su exploración y contacto con los aborígenes, más un glosario de las distintas lenguas que se hablaban en la zona hasta la llegada de la "soberanía nacional" y la toma de posesión por parte del

7 En adelante, me referiré a este libro sólo como *Patagonia*.

estado chileno. Colinda, aquí, con *Dawson*, que para Jorge Narváez forma parte de la literatura testimonial. Las palabras de Narváez son rotundas:

Desde sus orígenes, la literatura hispanoamericana, y la literatura chilena en particular, han sido construidas a partir de un discurso narrativo histórico—verdadero o no—ficticio, el cual constituye el registro de la vida y del proceso de formación de nuestra sociedad. (Narváez)

Aunque *Dawson* es un libro que pretende dar un testimonio directo de un periodo de reclusión, comparte con el libro de Riveros ese yo de la enunciación que se resuelve en un sujeto colectivo que es el verdadero sujeto de la experiencia en estos casos. Y en esto también hay coincidencia con los textos de Oyarzún y Formoso. Con distintos tonos de lo veridictivo, cada cual asume una colectivización del punto de hablada: la recuperación de los testimonios orales selknam, realizada por Anne Chapman, le sirve a Formoso para articular el poema en torno a ellos, en la misma medida que otros de los poemas se articulan en torno a la relación intertextual con "El Infierno" dantesco de *La Divina Comedia*, en un muy interesante borrón de las jerarquías epistemológicas equiparando textos documentales con textos literarios. Al interior del poema, todo se transforma en poesía. Oyarzún, por su parte, podría decirse que hace suyas las palabras de Christian Boltanski cuando declara: "For me it's very important to start with a real image [...]. Then I blow it up to make it universal." (citado por Hirsch) en la medida en que la mayoría de los poemas de su libro dialoga con relatos históricos—el exterminio indígena, las revueltas anarquistas y obreras de comienzos del siglo XX—o, siguiendo el mismo gesto irrespetuoso de Formoso ante las jerarquías, con otros textos literarios.

Es lo que ocurre con el poema incluido en solitario en la tercera sección del libro, "Los palacios levantados," uno de los dos poemas de todo el volumen que no tiene título. Aquí el texto se relaciona con otro previo (en este caso, el poema titulado "Qué, tras esos muros," de Rolando Cárdenas), no solo citándolo en el epígrafe, sino que, muy por el contrario, efectuando toda una evocación atmosférica que profundiza el clima de hostilidad que se delataba en el poema de Cárdenas. Recordemos que el libro homónimo de Rolando Cárdenas, *Qué, tras esos muros* (Colección Encuentro, Santiago, 1986) denotaba un tono donde no habían pasado en vano los doce años desde su último título—*Poemas migratorios*, de 1974—, doce años transcurridos bajo la dictadura militar y sus consecuencias. Pero 'la versión' de Oyarzún rezuma derechamente un resentimiento que no sólo es difícil de soslayar, sino que también desconoce la evocación melancólica de la poesía de Cárdenas. Ahora detrás de los muros se esconde no esa privacidad que aísla a los semejantes de sus semejantes ("La abstraída presencia de llaves, de ventanas, de puertas, / son muros infranqueables para no profanar todas las vidas," escribe Cárdenas), sino la acumulación capitalista en complicidad vergonzosa con

las masacres necesarias para lograr esa acumulación, vidas de indígenas y obreros como el costo que hubo que pagar para abultar las cuentas en el banco:

Qué aullido humano pierde su alcance
 en los objetos de lujo,
 Qué arena del tiempo sepulta las bocas
 en los cristales,
 Qué, tras la fachada de los palacios levantados,
 Qué cifra exacta de muertos los envilece,
 Qué número feroz los derriba.

Esa es la requisitoria variante de Oyarzún. Sin embargo, en todos los títulos que hemos visto, la recomposición fragmentaria del pasado se logra, como señala Hirsch, no por una recolección inmediata de los datos históricos, sino por una creación imaginativa de los retazos de la memoria. Desde Santiago, Cárdenas se imagina el recuerdo de ese Magallanes metafísico—del cual, según Jorge Teillier, nunca salió el puntarenense—donde está situado el lugar imperecedero de su identidad. Riveros, Formoso y Oyarzún re-crean, a partir de otros textos, la vida y el genocidio indígena. Pluralizan el sujeto de la enunciación, dan un testimonio mediato e inmediato (en la obra de Aristóteles España) de ciertos acontecimientos históricos y subrayan el carácter discursivo no sólo de la poesía como un sistema de citas, sino también del mundo al que ésta pareciera remitir, desde el momento en que ponen a dialogar al texto literario no con otro discurso exterior a ella y al lenguaje, como podría ser la historia, sino que establecen una serie de vasos comunicantes entre dos tipos de lenguajes (poesía e historia), dos formas de inscribir las huellas de la experiencia en lo real.

De esta manera, considerando todo lo anteriormente expuesto, los textos de estos autores se apegan a la definición de Hirsch (y resuelven, de paso, el problema metodológico planteado en un principio), puesto que

la post-memoria caracteriza la experiencia de aquellos que han crecido dominados por las narrativas que precedieron sus nacimientos, aquellos cuyas tardías historias se resuelven en las historias de la generación que los precede, moldeadas por eventos traumáticos que no pueden ser entendidos por completo ni tampoco recreados.⁸

3. Si nos detenemos por un minuto en el texto de Pavel Oyarzún, podremos—quizás—indagar un poco más en los matices que guarda el concepto de post-memoria. La misma Hirsch reconoce otros tipos de memoria secundaria, carentes de esa remembranza obsesiva que caracterizó su recreación del Czernowitz de sus padres. Para algunos, como Nadine Fresco y Henri Raczymow, no es tan vital el

8 Todas las traducciones son mías.

“completar” los intersticios de la memoria, rellenar esos huecos que la catástrofe pueda haber originado en el traspaso armónico del testimonio de la memoria. Aun más: para Raczymow, se trata de mantener esa no-memoria; la carencia, para él, es el motor de su escritura. Como si fueran personajes de una novela de Hartley, *The Go-between* (“The past is a foreign country. They do things differently there”), Raczymow, Fresco y su idea de una memoria ausente, o de la imposibilidad de acceder al silencio que involucra el desconocimiento del pasado de las generaciones anteriores que a fin de cuentas es el propio pasado, viven su relación con la memoria como un permanente exilio temporal y espacial en tanto los huecos en el recuerdo son imposibles de reparar. Cobra así sentido la cita de Raczymow a la que aludimos páginas atrás: “Yo no emigré ni tampoco fui deportado. El mundo que fue destruido no era mío. Nunca lo conocí.”

Pero en el libro de Oyarzún detectamos también esto y algo más. Es imposible acceder al mundo indígena y todos los poemas que integran la sección titulada “La cacería” dan cuenta de esa imposibilidad. Incluso en el prólogo allí incluido, el autor se cuestiona su papel como juez de los hechos acaecidos, al cual renuncia por propia voluntad. Comprende la futilidad de ese nerudianismo trasnochado, esto es, arrogarse el derecho a hablar por boca de otros y en nombre de otros,⁹ que de poco vale cuando se trata de escribir poesía y sobre todo cuando se trata de poesía política como es la que escribe Oyarzún. Y para calificar la inviabilidad de esta empresa utiliza el calificativo de impensable e indecible. No la condena, sin embargo, al silencio. No se deja seducir por los atractivos del enmudecimiento y acomete la labor inicialmente propuesta, pero, como se verá un poco más adelante, con otros métodos; es imposible, de igual manera, acceder a la historia inmediata de los movimientos obrero-anarquistas en Puerto Natales, y la segunda sección del libro, “La Patagonia en llamas,” es el relato de esa imposibilidad. No obstante esto, y gracias a la maestría poética del autor, somos testigos de una representación plenamente consciente de su voluntarismo.

Los poemas que siguen hablan un poco de aquellos hechos (se refiere a los alzamientos obreros en la Patagonia ocurridos entre 1916 y 1921) y de aquellos hombres humildes que quisieron alcanzar el sol con las manos, o tomar el cielo por asalto, al decir de Osvaldo Bayer. Dos variantes para un mismo gesto. Fueron escritos en su memoria. Para los que tuvieron fe en la proximidad del Paraíso. Los que creyeron. Los que lo intentaron. (Oyarzún 45)

No obstante, la represión militar del fascismo pinochetista sí se conoce, sí se ha vivido. Y, como estrategia retórica, el poeta tiene la posibilidad de apoyarse en

9 Como lo hace Neruda en su *Canto General*, especialmente en “Alturas de Macchu Picchu.”

una subjetividad simple e inmediata, asumir el texto como vía de expresión directa y testimonial, que es lo que muchos otros hicieron con mayores y menores logros, o en su defecto "aferrarse" de esta larga metáfora que al hacer memoria de la violencia implícita y explícita en la historia magallánica nos está igualmente hablando de la violencia cotidiana vivida en carne propia. Esa que se instauró a partir del golpe, pero en consonancia con la que se había enseñoreado en Chile desde mucho antes. El escamoteo sibilino por parte de Oyarzún no quiere decir que se niegue a hablar de esa realidad que lo circunda. Pero tampoco intentará botar el muro golpeándolo con su cabeza. Con no poco oficio, prefiere dar un rodeo en la enunciación y los enunciados que le reditúe mayores ganancias. Pero hay algunas marcas en el texto que nos permiten pensar en la metáfora señalada. Son, por ejemplo, poemas como el de "Los palacios levantados," donde la mención del olvido y de los muertos puede ser una velada alusión a la represión post-golpe, u otro como el titulado "Negación del Sur," extraído de un libro anterior de Oyarzún, *La jauría desquiciada* (1993), donde el contexto se hace evidentemente contestatario. Este libro, aun cuando se publica en el período de la transición democrática, no deja de lado la conciencia de la sevicia que hasta hace poco se ha vivido. Es, de hecho, una requisitoria en contra del olvido. Incluso la portada de esta jauría desquiciada se vincula con la intención del libro, reproduciendo versos sueltos de los poemas en imitación del estilo de los graffitis urbanos.¹⁰

Creo que si con alguien hubiera que filiar a Oyarzún, en un ejercicio un poco infantil que no se complace de la complejidad del texto, tendría que ser antes con

10 Quisiera retomar algo que se dijo antes: la poesía de provincias y su insularidad con respecto al centro. Reiterar que si bien esto es cierto, se escribe teniendo en cuenta un centro de poder—geográfico o simbólico—, tampoco esto agota las dinámicas autónomas de la poesía chilena escrita en regiones. *Santiago capital de no sé qué*, decía la Mistral. Otra escritora, bastante más joven que nuestra premio Nobel, Antonia Torres Agüero, decía hace poco en una reunión hecha precisamente en Magallanes ("Encuentro en el Paralelo 53," Septiembre del 2001), que la literatura de regiones (¿por qué de regiones?), y más específicamente la que se escribe en los distintos sures (la zona de Concepción y su estética urbana, la zona de Temuco a Chiloé afinada en un discurso etnocultural y el sur del sur o la región de Magallanes) maneja claramente códigos divergentes con respecto a lo que se escribe en Santiago. Y, a pesar de que Torres reitera los tópicos del desamparo provincial respecto del protagonismo centralista de Santiago, también tiene la virtud de especificar la inclinación perversa de la literatura regional de escribir "desde" la provincia. Esto, que puede parecer sólo un distintivo inocente, lleva en sí la carga tácita de escribir "desde" las regiones "hacia" Santiago, lo cual confirma, en cierta medida, el carácter insular que antes indicáramos. Este doble militancia de independencia y dependencia es el "karma" de nuestra literatura provinciana, que no es lo mismo que decir: de nuestra provinciana literatura. Para revisar el texto de Antonia Torres: www.surdelsurpatagonia.com.

Raczymow que con Marianne Hirsch. La poesía no sirve para resucitar a los muertos, es una de las conclusiones de Oyarzún en su *Patagonia*. A lo sumo puede ser portadora de una memoria muerta: aquí los signos de la resurrección son una utopía. Es la carencia de una memoria lo que impele, entonces, a escribir, no el afán de restaurar íntegramente esa memoria. No es casual ni gratuita una de las últimas afirmaciones del poemario: "Aquí estuve, / donde ningún otro ha llegado: / En la Patagonia que ya no existe" (Oyarzún 91).

4. Por último, creo que es casi de utilidad pública hacer ciertas salvedades. Aclarar el uso de los términos. No prohibir, no hacer la del fariseo ni el papel de policía. Si tratar de aclarar, desde nuestras propias tinieblas, la precisión de algunas palabras. Compartir, en síntesis, las propias dudas.

La magnitud de la historia represiva reciente de nuestro país (y algunos cercanos) puede habernos llevado no a sobredimensionar lo ocurrido, pero sí, tal vez, a desenfocar la mirada. Cuando hablamos de la "tragedia reciente" que nos tocó vivir, no puedo dejar de pensar en el significado original de lo "trágico," el destino inevitable al que se ven sometidos los personajes de la más clásica tragedia griega. Ante el decir del oráculo, poco y nada queda por hacer. Lo inevitable, lo que es necesario que ocurra, ocurrirá. Pero los sucesos que enlutaron a Latinoamérica no participan de esos adjetivos. Incluso la palabra "tragedia" inclinaria la balanza de las culpas por el lado de las víctimas. Muchas veces, el pecado de *hybris*, del exceso, era el que precipitaba a los personajes trágicos en el cumplimiento inexorable de su destino. Las pasiones podían más. No la razón. Medea, Antígona, Orestes. Subrepticamente, ergo, la *hybris* de los descamisados, el exceso de las izquierdas sería lo que habría desencadenado el consiguiente y necesario castigo. Ese sería el discurso de la abyecta metáfora al usar la palabra "tragedia."

Otro tanto con la palabra "holocausto." Sacrificio supremo, en el marco de una entrega total a causas sagradas y superiores, es la definición que Giorgio Agamben rastrea en el léxico contemporáneo (30 y ss).¹¹ Y así queda registrado por muchos autores cristianos (Dante, Savonarola, entre otros) que Agamben estudia. Pero de ahí a usarlo para hablar morigeradamente del exterminio, conllevaría explicar ese mismo exterminio por causa de nuestros pecados, como castigo por esos pecados. Inversión del sentido para transformar a la víctima en victimario, en agente

¹¹ La etimología de holocausto se remite al griego (idioma en el que significaba 'todo quemado'), pero la peregrinación del sentido no había llegado, como lo hizo con posterioridad a las cámaras de gases, a una deformación macabra que ponga en un mismo nivel la acción planificada de una ideología totalitaria, con el sacrificio supremo que anteriormente había obtenido su sentido en contextos absolutamente diferentes.

responsable de su presente. Pero la única culpa de los judíos en la shoá puede ser haber pecado por omisión, no por acción, por no haber previsto en las pequeñas señales previas la hecatombe que se les venía; se trata, por tanto, con toda claridad de no exculpar a la ideología nazi de sus conductas. Exterminio es una palabra neutra, que sólo describe sintéticamente la matanza. Holocausto, por el contrario, deja abierta la puerta para culpabilizar a las víctimas, para aliviarle la carga a los culpables.

Cuando Pavel Oyarzún habla de holocausto, lo hace desde un después. Después del holocausto, ni el viento ni el silencio fueron los mismos en la Patagonia (29, 33). La naturaleza, entonces, fue testigo del sacrificio, de la entrega de los indígenas en nombre de una causa "más alta" como el progreso. La burda contradicción no da lugar, creo, para argumentar a favor de un término tan erróneo. La vulgarización del término permitiría legitimar la lógica del más fuerte y de la selección natural, o en otros términos que fueron usados prolijamente, el enfrentamiento entre civilización y barbarie, entre avance y retroceso.

La séptima edición de *Davson*, que es la que aquí se ha citado, lleva en la contratapa un breve texto de cierre de Alfonso Calderón. Resaltando el valor testimonial del libro y al enfatizar la necesidad de nunca olvidar lo ocurrido, Calderón asimila a los prisioneros políticos con los judíos que vivieron el exterminio en los distintos campos de concentración nazi. A donde apunta esta aseveración es a aquilatar en toda su hondura el drama que vivieron muchos de los chilenos que se vieron confinados en ese y otros campos de prisioneros y cuyos nombres ya son de uso público: Tejas Verdes, Ritoque, Puchuncaví, entre otros. No se puede decir nada de las intenciones de Calderón, pero de buenas intenciones está pavimentado el camino del infierno. Si seguimos lo escrito por el Premio Nacional de Literatura de 1998, tendríamos que imaginarnos con parámetros y coordenadas demasiado ajenos a los nuestros. El antisemitismo es parte de una intolerancia ideológica, religiosa y cultural, que no se condice con los conflictos económicos, sociales y políticos de un periodo muy acotado de la historia de Chile en el siglo XX. Pero si nuestro imaginario lograra ser colonizado por este tipo de relatos, la fotografía de nuestros rostros nos arrojaría un retrato en el que ninguno de nosotros se podría reconocer. De cierto modo, sería echarle un poco más de leña a la hoguera de la confusión. La operación encubriría perfectamente aquellos factores menos visibles, más sutiles, pero no por eso menos influyentes, que terminaron por desencadenar la interrupción más evidente y prolongada de un sistema democrático como el chileno que, durante cuatro décadas, había demostrado con angustias y sobresaltos la posibilidad del entendimiento. Y había guardado, debajo de la alfombra, los platos rotos de ese entendimiento.

Para ser más claro: muchas han sido las tesis acerca del por qué del golpe militar de 1973, desde las más rimbombantes hasta aquellas que han tratado de

analizar con seriedad el tema. No se trata de examinar ahora cada una de esas tesis, sino de repasar muy someramente cómo y cuánto han servido para explicarnos nuestro propio país. Asoma de inmediato, la incapacidad de redactar una historia que logre un nivel de relativa legitimidad para una comunidad nacional, sea la perspectiva de Mario Góngora, Tomás Moulián o Alfredo Jocelyn-Holt. El problema, como bien lo plantea José Bengoa en su *Carta abierta*,¹² tiene que ver más que nada con la atomización de las representaciones simbólicas, con la incapacidad de compartir símbolos comunes. No es que los diagnósticos de los estudiosos citados sean errados o certeros. La piedra de toque es que ya no tienen una comunidad a la cual hablarle. Y en su reemplazo queda un amago de país, donde se suman distintos tipos de nostalgia y proyectos de futuro también necesariamente divergentes. Y sin nada que nos indique que esta situación no sea definitiva.

A título estrictamente personal, creo que la visión más adecuada es la que desarrolla Jocelyn-Holt en *El Chile perplejo*.¹³ Un país dividido no desde el golpe, sino desde su fundación, con símbolos patrios débiles y transitorios, que una y otra vez en el transcurso de la historia han demostrado su fragilidad, derechamente no se reconcilia. Seguirá poniéndose la camiseta durante las próximas eliminatorias mundialistas, celebrará en la Plaza Italia y gritará a todo pulmón el cántico de moda en ese minuto, pero a la salida del Estadio, nadie le tenderá la mano a nadie.

12 "¿Qué es un país sino un conjunto de símbolos? ¿Alguien creará, por si acaso, que un país es un grupo de personas amigas, o un pedazo de tierra, o un gobierno? ¿O, como creyeron los antiguos oligarcas, un grupo de familias? Como lo ha escrito Anderson hace ya años, las naciones se construyen imaginadamente, son 'comunidades imaginadas.' Son símbolos, conjunto de expresiones simbólicas: son nada y a la vez son todo [...]. Y debemos reconocerlo: de esos signos compartidos carecemos hoy día los chilenos. Por eso mismo se ha debilitado nuestra idea de país, de nación, de sociedad común" (Bengoa).

13 Las imágenes del 11 de Septiembre de 1973 motivan la reflexión del autor, para quien el Once sirvió única y exclusivamente como una forma de perder definitivamente la inocencia. De entender que el Once no es un hecho excepcional en la historia del país, sino que, muy por el contrario, es parte de una larga historia de violencia política, institucional, social y económica (la invasión y saqueo de Lima, los asesinatos de 1891, la matanza de santa María, los ajusticiamientos del Seguro Obrero en 1938, Ranquil, El Salvador, etc.) que ha sido siempre omitida en las historias oficiales de un Chile civilista, democrático y supuestamente apegado a sus instituciones. Omitida porque la historia oficial se autosatisface en sus versiones triunfalistas o se autocinmisera en el espectáculo lastimero cuando más le conviene. ¿Dónde quedaron nuestra tan aclamada sensatez, nuestra flemma de ingleses de América? ¿O nunca existieron? ¿y por qué los mismos que destruyeron el Palacio después lo remozaron, pero le hicieron el tratamiento de cosmética necesario? ¿qué querían olvidar, y aun más intrigante e importante es responder esto: qué querían conservar de ese mismo pasado que querían borrar?

Bibliografía

- Agamben, Giorgio. *Lo que queda de Auschwitz*. Valencia: Pre-textos, 2000.
- Arce, Luz. *El Infierno*. Santiago de Chile: Andante, 1994.
- Bengoa, José. *Carta abierta a Eduardo Frei Ruiz-Tagle*. Santiago de Chile: Planeta, 1999.
- Cárdenas, Rolando. *Obra completa*. Santiago de Chile: La Gota Pura, 1994.
- Chapman, Anne. *Los Selknam. La vida de los onas*. Buenos Aires: Emecé, 1986.
- España, Aristóteles. *Dawson: poemas escritos en el Campo de Concentración de Isla Dawson, septiembre 1973-septiembre 1974*. Punta Arenas: La Pata de Liebre, 1994.
- Formoso, Christian. *Memorial del Padre Miedo*. Punta Arenas: s.e., 1999.
- Fugellie, Astrid. *Los círculos*. Santiago de Chile: Ergo Sum, 1988.
- Hartley, L.P. *The Go-between*. London: Hamish Hamilton, 1953.
- Hirsch, Marianne. "Past Lives: Post memories in Exile." Manuscrito.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar*. Santiago de Chile: Ariel - Planeta, 1999.
- Madrazo, Jorge Ariel. "Del Purgatorio a *La vida nueva*. Diálogo con Raúl Zurita." *AÉrea* 3,3 (2000): 249-53.
- Magal, Juan y Pavel Oyarzún. *Antología insurgente: La nueva poesía magallánica*. Punta Arenas: s.e., 1998.
- Moulián, Chile Actual. *Anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM, 1997.
- Narváez, Jorge. "Prólogo." *Dawson: poemas escritos en el Campo de Concentración de Isla Dawson, septiembre 1973-septiembre 1974*. De Aristóteles España, Punta Arenas: La Pata de Liebre, 1994.
- Neruda, Pablo. *Canto general*. Barcelona: Bruguera 1986.
- Oyarzún, Pavel. *La cacería*. Punta Arenas: Ateli, 1989.
- . *La jauría desquiciada*. Punta Arenas: Ateli, 1993.
- . *La luna no tiene luz propia*. Punta Arenas: s.e., 1994.
- . *Patagonia: la memoria y el viento*. Punta Arenas: s.e., 1999.
- Riveros, Juan Pablo. *De la Tierra sin Fuegos*. Concepción: Ediciones del Maitén, 1986.
- Todorov, Tzvetan. *Hasta el límite*. México: Siglo XXI, 1983.
- Valdés, Hernán. *Tejas Verdes*. Santiago de Chile: LOM, 1996.